

Por último, no se ha de olvidar que toda acción apostólica debe estar movida y alimentada por la caridad. Tertuliano aludirá a la vivencia cristiana de esta virtud y a su constatación por los paganos de entonces, que decían de los cristianos: “mirad como se aman” (*Apolg.*, 39). A lo que san Josemaría comentaba: “Qué bien pusieron en práctica los primeros cristianos esta caridad ardiente, que sobresalía con exceso más allá de las cimas de la simple solidaridad humana o de la benignidad de carácter” (AD, 225).

Voces relacionadas: Apostolado; Bautismo y Confirmación; Familia, Santificación de la; Santidad; Trabajo, Santificación del; Vida ordinaria, Santificación de la.

Bibliografía: Francisco GIL HELLÍN, “La vida familiar camino de santidad”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 20 (1995), pp. 224-236; José Luis ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Madrid, Palabra, 2001¹⁰ rev. y act.; Domingo RAMOS-LISSÓN, “El ejemplo de los primeros cristianos en las enseñanzas del Beato Josemaría”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 29 (1999), pp. 292-307; Id., “La novità cristiana negli apologisti del II secolo”, *Studi e Ricerche sul l’Oriente Cristiano*, 15 (1992), pp. 507-516.

Domingo RAMOS-LISSÓN

PROMOCIÓN SOCIAL Y DESARROLLO

1. El contacto de san Josemaría con la pobreza. 2. Algunos principios de fondo.
3. Impulso a obras y tareas encaminadas a la promoción social.

A lo largo del siglo XX se consumó la gran evolución tecnológica que aceleró la transición, iniciada ya en los siglos XVIII a XIX con las revoluciones científica e industrial, de una economía estática a otra en continuo crecimiento. El Magisterio de la Iglesia refleja esos movimientos sociales

en sus documentos de doctrina social. Si en la Cart. Enc. *Rerum novarum* (1891) de León XIII predominaba la “cuestión obrera”, en el transcurso del siglo XX se añaden nuevos temas, especialmente el desarrollo y la distinción entre países desarrollados y países en vías de desarrollo. Pablo VI, en su Cart. Enc. *Populorum progressio* (1967), afirma que “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz” (PP, 76). En la percepción social general, se pasó del optimismo de un “progreso técnico y económico sin límites”, que había reinado en los años 1950 y 1960, a la preocupación por la ecología y al problema de la eventual escasez de recursos naturales, que se inicia con la década de los setenta. De otra parte, se difunde un amplio consenso, gracias también a economistas como Amartya Sen, sobre la necesidad de que el desarrollo sea integral y no se limite al mero crecimiento cuantitativo (cfr. VAGGI, 2009, pp. 752 ss.). El papa Benedicto XVI sitúa “el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad” en el centro de su Cart. Enc. *Caritas in veritate*.

Parte de los acontecimientos recién mencionados son posteriores al fallecimiento de san Josemaría. Otros en cambio estuvieron presentes o empezaron a aflorar durante su vida. En una de sus homilias recuerda que ya en su infancia oyó hablar de la “cuestión social” (AD, 170); posteriormente, durante sus estudios de teología, en Zaragoza, pudo conocer la doctrina de la *Rerum novarum* y las cartas pastorales que diversos obispos españoles, entre ellos el arzobispo cesaraugustano, el cardenal Soldevilla, dedicaron a los problemas del mundo del trabajo. También en Zaragoza, en la Universidad civil, en la que cursó estudios de Derecho, tuvo como profesores a algunos de los representantes de la que se ha denominado como Escuela Social de Zaragoza, uno de los núcleos más significativos del pensamiento cristiano-social de la época. El transcurso de su vida le puso en relación con situaciones duras. Y su corazón sacerdotal le

hizo siempre acompañar con atención los cambios y problemas sociales.

1. El contacto de san Josemaría con la pobreza

En su adolescencia san Josemaría experimentó, como consecuencia de la quiebra del negocio que su padre regentaba en Barbastro, los problemas que acompañaban a un descenso en el orden económico. Su familia se vio obligada a dejar su ciudad natal y a trasladarse a Logroño, donde vivió muy modestamente. La muerte de su padre en 1924 hizo que su familia –su madre y sus dos hermanos– quedara a su cargo. En ese momento estaba a punto de recibir la ordenación sacerdotal y tenía muy pocos recursos. Ya en Madrid, la familia atravesó situaciones económicas muy delicadas, que san Josemaría procuró afrontar con un sentido sobrenatural y un trabajo intenso.

Durante ese mismo tiempo se prodigó en un agotador servicio entre los más pobres de la urbe madrileña, que experimentaba, como otras capitales europeas, un periodo de expansión que atraía a una población que tardaba en encontrar acomodo. Pasaba muchas horas al día caminando por los barrios más miserables de Madrid, y acudiendo a hospitales donde atendía a moribundos y a enfermos incurables y contagiosos. Les administraba los sacramentos, los cuidaba materialmente con un servicio abnegado, les llevaba cariño y fortaleza en sus sufrimientos. Se dedicaba a los pobres en cuerpo y alma, conociendo sus sufrimientos y a la vez conmoviéndose ante la entereza cristiana que muchos de ellos manifestaban. En más de una ocasión comentó que el Opus Dei había nacido en los hospitales y entre los pobres de Madrid, y que habían sido precisamente ellos la fortaleza de la Obra (cfr. AVP, I, pp. 274 ss.), palabras con las que subrayaba el valor redentor del dolor y la dignidad del ser humano, también en la extrema pobreza.

Al iniciar su apostolado con universitarios –seguimos en Madrid, en la segunda mitad de los años treinta– inició una costumbre, que luego universalizaría: las “visitas a los pobres”. Es decir, la de invitar a jóvenes universitarios –generalmente de clase media y a veces de condición acomodada– a visitar a pobres y enfermos, haciéndoles compañía, rindiéndoles algún servicio y manifestándoles un cariño que les consolaba en la soledad que muchos de ellos conocían. Estas visitas eran un auténtico medio de formación para esos jóvenes, que aprendían así a ver a Cristo en las personas necesitadas y a tomar conciencia de la seriedad de la vida. Eran, por tanto, una escuela de generosidad en la que los jóvenes grababan en sus corazones la convicción de que la caridad consiste no en dar una ayuda anónima y fría, sino en advertir los problemas de los demás y hacerlos propios. De ese modo se ponían las bases para que en el futuro esas personas jóvenes afrontaran la vida con actitud responsable y generosa, y supieran ayudar sin humillar; antes al contrario, elevando la situación de los demás.

San Josemaría insistía mucho en esa disposición de ánimo que constituye uno de los rasgos característicos de la doctrina cristiana. “La caridad cristiana no se limita a socorrer al necesitado de bienes económicos; se dirige, antes que nada, a respetar y comprender a cada individuo en cuanto tal, en su intrínseca dignidad de hombre y de hijo del Creador” (ECP, 72). Proclamaba que la auténtica caridad no es oficial ni seca, ni se la puede confundir con una beneficencia más o menos formularia, con una limosna o un servicio prestado sin alma. Actuar de otra manera es una “aberración”, que –comenta en una de sus homilías– se expresaba bien en “la resignada queja de una enferma: aquí me tratan con *caridad*, pero mi madre me cuidaba con cariño. El amor que nace del Corazón de Cristo no puede dar lugar a esa clase de distinciones” (AD, 229).

2. Algunos principios de fondo

En plena coherencia con esa actitud de espíritu impulsó, cada vez con más intensidad a medida que el apostolado del Opus Dei fue extendiéndose, la aparición y el crecimiento de obras encaminadas a fomentar la promoción social, a algunas de las cuales nos referiremos más abajo. Antes, sin embargo, conviene resaltar los principios o criterios de fondo que, respecto a los temas de la promoción social y el desarrollo, aparecen a lo largo de sus escritos.

- a) La necesidad de reaccionar ante la existencia de situaciones de injusticia y de desigualdad, y de actuar para intentar resolverlas. San Josemaría es muy claro al denunciar como falsas una espiritualidad y una religiosidad que se encerraran en una piedad de tipo subjetivista, sin reconocer las exigencias de la justicia social. “No se ama la justicia, si no se ama verla cumplida con relación a los demás. Como tampoco es lícito encerrarse en una religiosidad cómoda, olvidando las necesidades de los otros. El que desea ser justo a los ojos de Dios se esfuerza también en hacer que la justicia se realice de hecho entre los hombres. Y no sólo por el buen motivo de que no sea injuriado el nombre de Dios, sino porque ser cristiano significa recoger todas las instancias nobles que hay en lo humano. Parafraseando un conocido texto del apóstol San Juan (cfr. 1 Jn 4, 20), se puede decir que quien afirma que es justo con Dios pero no es justo con los demás hombres, miente: y la verdad no habita en él” (ECP, 52). “Un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo. Los cristianos – conservando siempre la más amplia libertad a la hora de estudiar y de llevar

a la práctica las diversas soluciones y, por tanto, con un lógico pluralismo–, han de coincidir en el idéntico afán de servir a la humanidad. De otro modo, su cristianismo no será la Palabra y la Vida de Jesús: será un disfraz, un engaño de cara a Dios y de cara a los hombres” (ECP, 167).

- b) El deber de usar rectamente los bienes, lo que implica la superación de la tendencia a caer en el consumismo, y, positivamente hablando, la llamada al desprendimiento y a la generosidad. “Si estamos cerca de Cristo y seguimos sus pisadas –escribe–, hemos de amar de todo corazón la pobreza, el desprendimiento de los bienes terrenos” (F, 997). Vivir la virtud de la pobreza, el desprendimiento de las cosas que se usan, significaba por eso para san Josemaría preguntarse “¿tengo yo los afectos de Jesucristo, y sus sentimientos, con relación a la pobreza y a las riquezas?” (F, 888). Y, en consecuencia, reaccionar: “Los bienes de la tierra, repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura, encerrados en cenáculos. Y, fuera, hambre de pan y de sabiduría, vidas humanas que son santas, porque vienen de Dios, tratadas como simples cosas, como números de una estadística. Comprendo y comparto esa impaciencia, que me impulsa a mirar a Cristo, que continúa invitándonos a que pongamos en práctica ese *mandamiento nuevo del amor*” (ECP, 111). Estimulando la generosidad magnánima, escribe: “No puede un cristiano conformarse con un trabajo que le permita ganar lo suficiente para vivir él y los suyos: su grandeza de corazón le impulsará a arrimar el hombro para sostener a los demás, por un motivo de caridad, y por un motivo de justicia (...)”. Y a continuación, pregunta: “¿Cuánto os cuesta –también económicamente– ser cristianos?” (AD, 126).

- c) La necesidad de no perder de vista la dimensión espiritual del hombre. San Josemaría puso siempre de relieve que el desarrollo debe ser integral y enseñó en consecuencia que la pobreza material, siendo un mal, no es el mayor de los males, y por tanto se debe aspirar a su superación con actitudes y medios que no dañen, sino que promuevan a la vez el bien integral del ser humano. En este sentido, rechazó el elogio de la violencia y toda visión dialéctica de la sociedad según la cual, para elevar el nivel social de los menos favorecidos, sería necesario hundir a los que tienen bienes. Defendió que en la vida social se debe actuar evitando odios y violencias, y, sin excluir que en situaciones graves pueden ser necesarias medidas fuertes, señaló que el camino adecuado es elevar positivamente el nivel de los menos favorecidos disminuyendo así eficazmente las desigualdades. Subrayó continuamente y con fuerza que es necesario vivir la solidaridad sin clasismos y sin exclusivismos de ningún género. Jesucristo ha venido a la tierra para traer la paz a todos los hombres, escribe en una homilía: “¡No sólo a los ricos, ni sólo a los pobres!, ¡a todos los hombres, a todos los hermanos! Que hermanos somos todos en Jesús, hijos de Dios, hermanos de Cristo: su Madre es nuestra Madre. No hay más que una raza en la tierra: la raza de los hijos de Dios” (ECP, 13). La gran sensibilidad que los cristianos han de tener para las injusticias sociales, aunque llena de impaciencia, no debe llevar a adoptar soluciones que se inspiren en la violencia o en la lucha de clases u otras posturas semejantes.
- d) El reconocimiento del valor del trabajo profesional como medio privilegiado para contribuir al desarrollo social. El trabajo es fuente de creación de nuevos bienes y por tanto de progreso; posee, pues, intrínsecamente, un valor

social. Para que se realice ese valor con plenitud, debe ser un trabajo bien llevado a cabo, con dominio técnico del campo o sector en que se ejerza, y estar informado por un espíritu de servicio y de solidaridad y, por tanto, tener intrínsecamente un valor social; de ahí la importancia de las actividades educativas y de formación, que capacitan así a las personas que se benefician, para que no sólo mejoren su posición sino contribuyan a su vez al desarrollo de los demás. Los pobres, escribe, “tienen necesidad del pan de la tierra que sostenga sus vidas, y también del pan del cielo que ilumine y dé calor a sus corazones. Con vuestro trabajo mismo, con las iniciativas que se promuevan a partir de esa tarea, en vuestras conversaciones, en vuestro trato, podéis y debéis concretar ese precepto apostólico [de trabajar: cfr. Ef 4, 28]” (ECP, 49).

3. Impulso a obras y tareas encaminadas a la promoción social

San Josemaría proclamó siempre la libertad de los laicos en todas las cuestiones temporales. Y consideró en todo momento, también con referencia a actividades o tareas encaminadas, por una u otra vía, a la promoción social, que él, como fundador del Opus Dei y como sacerdote, no debía arbitrar o sugerir soluciones técnicas concretas, sino proclamar un espíritu que llevara a los fieles laicos a humanizar y santificar las realidades terrenas contribuyendo así, desde dentro, a través de la cooperación y del trabajo cualificado, a corregir injusticias y promover la convivencia y la igualdad (cfr. ECP, 180, 184). Este modo de estimular la responsabilidad social de los cristianos ha conducido a la creación por parte de fieles del Opus Dei, en unión con otras personas, de una gran variedad de iniciativas para la promoción humana y social.

Enumeramos a continuación algunas a modo de ejemplo, clasificándolas en cuatro grupos:

- a) Obras de promoción social: coherentemente con lo que antes se decía, el espíritu difundido por san Josemaría ha llevado con frecuencia a impulsar labores de promoción social en las que la capacitación ocupa un papel preponderante. Una de las primeras en esta línea surgió en México (Jonacatepec, 1952) en una antigua hacienda, Montefalco, en la que se puso en marcha una honda labor para la formación y preparación de campesinos y campesinas. Unos años después (1958) se inició Tajamar, una escuela a la vez deportiva y de formación técnica en uno de los barrios obreros de Madrid. En años sucesivos las iniciativas en esta dirección se multiplicaron: Peñaubiña, Oviedo (1963); Escuela agrícola Las Garzas, Chile (1963); Senara, Madrid (1964); Midtown Sports and Cultural Center, Chicago (1965); el Centro ELIS, Roma (1965), etc. Mencionemos también los colegios Strathmore y Kianda en Kenia (ambos en 1961), que además de contribuir a la promoción social fueron los primeros colegios interraciales en el Este de África.
- b) Obras asistenciales: en Atlacomulco, México, en la hacienda Toshi, se puso en marcha un dispensario médico (1959) que continúa realizando una gran labor en todo su entorno. Tanto en vida de san Josemaría como después de su fallecimiento, hombres y mujeres del Opus Dei han seguido promoviendo labores de esta naturaleza adaptados en cada caso a las características y necesidades del país. Por ejemplo, en el Congo, el Hospital Monkole en Kinshasa; y en Madrid, Laguna, especializado en cuidados paliativos, etc.
- c) Obras de formación cristiana de empresarios e industriales. La más cono-

cida es el IESE, escuela de dirección de empresas de la Universidad de Navarra, que empezó su labor formativa en 1958. Como parte integrante de una formación empresarial de gran nivel, el IESE aspira a transmitir valores éticos que influyan en la responsabilidad social de las empresas, con la convicción de que las empresas son comunidades de personas llamadas a trabajar en un ambiente de confianza y con espíritu de servicio a la sociedad. Al IESE le han seguido otras instituciones semejantes en muy diversos países como, entre otros, Argentina, Filipinas, México y Nigeria.

- d) Obras de voluntariado. Desde los inicios de su apostolado, san Josemaría espoleaba la generosidad de las personas a las que trataba, no sólo mediante las visitas a los pobres, ya mencionadas, sino también haciéndose acompañar a los hospitales en los que atendía enfermos, y organizando catequesis en los barrios pobres. Estas catequesis, que son un elemento imprescindible en la labor de formación del Opus Dei entre la juventud, reclaman dedicar voluntariamente y con asiduidad unas horas a la formación de niños y de niñas y, en ese sentido, constituyen un precedente de lo que, posteriormente, se suelen denominar obras de voluntariado. También en este campo las iniciativas en las que participan miembros del Opus Dei son muy numerosas: campos de trabajo en los más diversos países del mundo, bancos de alimentos, etc.

Terminamos con unas consideraciones de Mons. Álvaro del Portillo que resumen bien las enseñanzas y el espíritu de san Josemaría: “Dios quiere que permanezcáis en vuestro lugar. Desde ahí, podéis realizar –estáis realizando– una labor colosal en beneficio de los pobres e indigentes, de los que padecen ignorancia, soledad y dolor –en tantas ocasiones a causa de la injusticia de los hombres–, porque al bus-

car la santidad con todas vuestras fuerzas, santificando el trabajo profesional y las relaciones familiares y sociales, contribuí a informar la sociedad humana con el espíritu cristiano” (*Carta 9-I-1993*, n. 20, en *Cartas de familia*: AGP, Biblioteca, P17).

Voces relacionadas: Desprendimiento; Justicia; Libertad; Magnanimidad; Solidaridad; Trabajo, Santificación del.

Bibliografía: *El trabajo al servicio de la persona y de la sociedad/Work in the Service of the Person and Society*, GVQ, XI, *passim*; Maria Aparecida FERRARI (ed.), *La solidaridad de los hijos de Dios/The Solidarity of the Children of God*, GVQ, IX, *passim*; “El amor de los hijos de Dios. Las virtudes cristianas”, en Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ DÍAZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, II, Madrid, Rialp, 2011, pp. 285-494; José Luis ILLANES, “La responsabilidad social del cristiano en la enseñanza de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer”, en Aa.Vv., *Educación en la solidaridad para la paz y la justicia*, Bilbao, Grafimorte, 1993, pp. 59-82; Id., *Existencia cristiana y mundo. Jaloneos para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Pamplona, EUNSA, 2003; Ángel RODRÍGUEZ LUÑO, “La formazione della coscienza in materia sociale e politica secondo gli insegnamenti del Beato Josemaría Escrivá”, *Romana. Bollettino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 24 (1997), pp. 162-181; Martin SCHLAG, “L’enciclica *Caritas in veritate* fra tradizione cristiana e mondo moderno”, *Romana. Bollettino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 49 (2009), pp. 388-406; Gianni VAGGI, “Sviluppo”, en Stefano ZAMAGNI - Luigino BRUNI (eds.), *Dizionario di Economia Civile*, Roma, Città Nuova, 2009, pp. 752-764; Bernardo M. VILLEGAS, “Lo sviluppo delle società”, *Romana. Bollettino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 47 (2008), pp. 360-370.

Martin SCHLAG

PROSELITISMO

1. Presencia y significado del término en san Josemaría. 2. Apostolado y proselitismo. 3. Derecho y deber.

En el Antiguo y en el Nuevo Testamento, “prosélito” es el extranjero convertido al judaísmo (cfr. KUHN, 1959, p. 303); a partir de este sentido, hay Padres de la Iglesia que lo aplican alguna vez a los conversos al cristianismo (cfr. SAN JUSTINO, *Dialogus cum Tryphone*, 28, 2; SAN AGUSTÍN, *Contra Faustum*, 16, 29). El proselitismo no es otra cosa que el “celo por ganar prosélitos” (*Diccionario de la Real Academia Española*, 2001²²), lo que equivale para un cristiano al celo por “ganar almas para Cristo”, según la expresión paulina (cfr. 1 Co 9, 19-22).

El término “se ha usado frecuentemente como sinónimo de actividad misionera [de la Iglesia]” (CDF, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización*, 3-XII-2007, n. 12). Los autores de espiritualidad lo han empleado ampliamente durante siglos, tanto que “hacer proselitismo y difundir la fe cristiana (cristianizar, evangelizar), se consideraban, hasta hace poco, la misma cosa” (MONDIN, 2001, p. 380). Como ejemplo de este uso generalizado se pueden evocar unas palabras de Lacordaire: “como no hay cristiano sin amor, tampoco hay cristiano sin proselitismo” (LACORDAIRE, 1909, p. 101). Sólo recientemente, ya entrado el siglo XX, el vocablo ha sido objeto de polémicas; sin detenerse en ellas, nos limitaremos a considerar el uso de esa palabra en san Josemaría.

1. Presencia y significado del término en san Josemaría

El término proselitismo forma de hecho parte del vocabulario habitual de san Josemaría. Aparece ya en sus anotaciones manuscritas de la década de 1930 (cfr. CECH, p. 891). En *Camino* es el título de un capítulo (cfr. C, 790-812). Aunque sólo se encuentra siete veces en las obras publicadas hasta el momento, sale otras muchas

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.